

PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA Y PSICOSOCIAL DE LA MUERTE Y EL DUELO

Germán Pacheco Borrella

Enfermero especialista en Enfermería de Salud Mental. Antropólogo



ANTHROPOLOGICAL AND PSYCHOSOCIAL PERSPECTIVE OF DEATH AND BEREAVEMENT PROCESSES

ABSTRACT

The present crisis of values which industrialized societies are suffering from, leads us to avoid any thought related to death or bereavement. Instead, the desire for consumer goods, immediate enjoyment and non-limit pleasure is the general aim. In this study, an anthropological reflection about the evolution of the rituals and beliefs accompanying the death phenomenon is made. Later, this study deals with the idea of fear to the dead as a belief which determines the ritual ceremonies and the bereavement process. From the concept of bereavement, as a universal reaction to loss, the social functions of bereavement rituals as an external expression of feelings are explored.

Besides, death and bereavement produce psychosocial transitions which in the health context become risk situations when coping with feelings of loss. An attempt will be made to get a closer view of the psychosocial factors which are present in this situations. Finally, the changes in values and cultural beliefs which influence the experience of death and bereavement in western societies will be approached.

KEY WORDS: Death, bereavement, ritual, mourning, feeling of loss, psychosocial transition.

“La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras nosotros somos, la muerte no es, y cuando la muerte es nosotros no somos”.

A. Machado

RESUMEN

La crisis de valores en las sociedades industrializadas conlleva eludir el sufrimiento y la muerte y, por el contrario, hace anhelar bienes materiales, el disfrute inmediato y el goce sin límites. Considerando que esto no siempre ha sido así, se propone una reflexión antropológica acerca del fenómeno de la muerte y cómo han ido evolucionando las creencias alrededor de la misma y los ritos que la acompañan; para luego adentrarnos en el temor a los muertos, como creencia que determina culturalmente las ceremonias rituales y los duelos. Y a partir del concepto de duelo, como respuesta universal al sentimiento de pérdida, nos adentramos en las funciones sociales que cumplen los rituales de duelo, como expresión externa de las emociones. Además, la muerte y el duelo generan transiciones psicosociales que, en el ámbito sanitario, implican situaciones de riesgo frente a los sentimientos de pérdida. Tratamos de aproximarnos a los factores psicosociales que están presentes en estas situaciones humanas y concluimos

con los cambios de valores y creencias culturales que inciden en las vivencias de la muerte y el duelo en las sociedades occidentales contemporáneas.

PALABRAS CLAVES: Muerte, duelo, ritual, luto, sentimiento de pérdida, transición psicosocial.

INTRODUCCIÓN

La muerte ha estado presente a lo largo del devenir del ser humano y, sin embargo, en nuestra sociedad contemporánea, la muerte se ha convertido en un tema tabú. No queremos sentirnos próximos a la muerte. Nos angustia el sentimiento de pérdida de la vida, por muy conscientes que seamos de que nacemos, crecemos y morimos. Con la muerte la vida se desvanece. Morir es despedirse, es cortar las ataduras, es desligarse de los vínculos que uno ha ido tejiendo a lo largo de su psicobiografía. ¿Será porque nos aferramos a los bienes materiales? Quizás, sea que la crisis de valores que padecemos actualmente la que nos impide darle la consideración necesaria en nuestras vidas; porque, a pesar de todo, la muerte forma parte de nuestra existencia, o mejor dicho, es el último acto de nuestra existencia. Morir no es un cambio accidental en la vida humana, sino un cambio sustancial, un proceso irreversible. Nacemos, llegamos a ser... Morimos, dejamos de ser.

Hoy la muerte, entendemos, es una cuestión silenciada y casi nos atrevemos a decir que escondida en el seno de nuestra sociedad moderna e industrializada. No damos cabida al sufrimiento, parece que permanentemente anhelamos el disfrute inmediato y el goce sin límites. Pero el sufrimiento, el dolor y la muerte están presentes entre nosotros, por más que pretendamos negarlos.

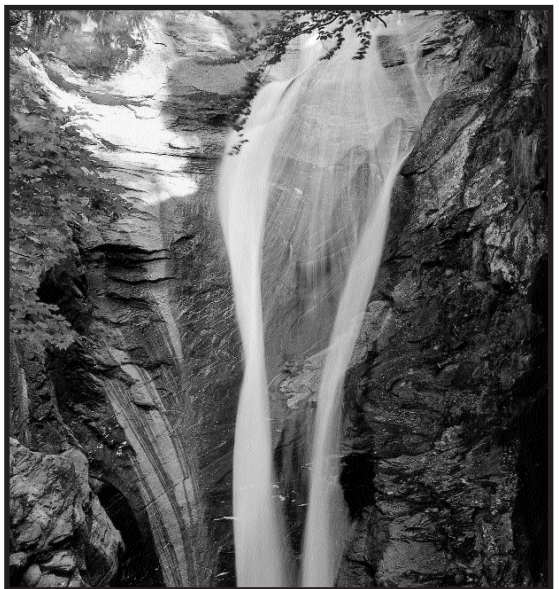
En este sentido, sostiene Ariès, citado por Torralba, que el hombre occidental vive de espaldas a la muerte, se acerca lentamente a ella, pero elude pensarla. Esta tabuización de la muerte subsiste simultáneamente con una auténtica banalización del hecho de morir, con la presencia cotidiana de la muerte a través de la pantalla de la televisión. El bombardeo de noticias y de imágenes de muerte, sin embargo, no activa la reflexión sobre el morir.

EL FENÓMENO DE LA MUERTE

Desde la época prehistórica, el ser humano ha venido prestando especial atención a sus muertos, tanto en lo que se refiere a la forma en que había de tratar sus cuerpos, como al lugar donde depositarlos y muy especialmente, a los ritos que se habían de celebrar. La necesidad de una conducta específica alrededor de los muertos fue debida a la aparición de determinadas creencias en relación con la muerte y especialmente con la posibilidad de supervivencia más allá de la misma.

Para corroborar lo complicado de las creencias que se mueven alrededor del fenómeno de la muerte y de los muertos, tenemos como ejemplo que en el antiguo Egipto se diferenciaba entre el cuerpo vivo o "Khat", la parte espiritual divina o "Ka", el espíritu o "Akh" y el principio vital o segunda alma llamada "Ba". Los egipcios creían que el cuerpo debía cuidarse porque el espíritu lo dejaría temporalmente reencarnándose en ave, pero que algún día, terminado su peregrinar, volvería al cuerpo y si no lo encontraba el "Ka" se extinguiría. De ahí las complicadas ceremonias de embalsamamiento y conservación de los cadáveres en las que este pueblo era un verdadero genio.

Por contra, hasta en una cultura donde se practica la cremación o desaparición del cadáver, como es en la India, entre los "Kapale-Kriya", cuando el fallecido pertenece a una orden ascética, quiebran



su cráneo antes de la incineración para que el espíritu salga por la décima abertura, esto es la sutura sagital o hendidura de Brahmma.

Y en nuestra propia cultura, los celtas e íberos de la Península, incineraban sus muertos y guardaban las cenizas en una urna cineraria que se enterraba con el ajuar correspondiente, con sus armas y utensilios habituales. Además se dejaba un agujero, denominado "agujero del alma", para que el espíritu del fallecido saliese o entrase de su tumba.

De estos ejemplos, podemos deducir que los pueblos han cuidado especialmente, desde siempre, el cuerpo del familiar fallecido, porque creían en la continuidad de la existencia en otra dimensión. Esto, que comenzó en etapas muy tempranas de la humanidad, como consecuencia de la vigencia preponderante de un pensamiento mágico, sigue presente hoy en nuestros días con gran intensidad, pese a la evolución del pensamiento científico.

La explicación que Frazer apunta, en su conocido libro "La rama dorada", sobre la existencia del alma, sería consecuencia de la imposibilidad del hombre "primitivo" para comprender el principio vital. Para éste, si un animal se mueve, está vivo, es porque un "animalito" habita en su interior y le mueve, y lo mismo le sucede al ser humano. Un "hombrecillo" habita en su interior y le anima. A esto es a lo que el hombre "primitivo" denominará alma o espíritu.

La incapacidad para las grandes abstracciones del modo de pensamiento mágico, hace que en el mundo "primitivo" se dote a este alma de las mismas propiedades que el hombre conoce para su mundo, y así el alma puede ser gorda o flaca, pequeña o grande y, por supuesto, se puede mover y, de hecho, el trance y el sueño no serían sino abandonos transitorios del alma, mientras que la muerte sería una pérdida definitiva de ésta. Por la misma explicación, el alma puede marcharse voluntariamente abandonando el cuerpo por los orificios naturales, preferentemente boca y nariz, en forma de ave, pero también puede ser extraída y raptada por otros espíritus, sobre todo de los recientemente muertos, demonios o brujas.

La explicación de Freud a la creencia en la supervivencia más allá de la muerte es un tanto distinta. Se apoya en aspectos afectivos y cognitivos

más evolucionados. Así, decía que llegado a un determinado punto del desarrollo de la humanidad, el hombre no podía seguir negando la muerte, puesto que tenía la experiencia del dolor por la pérdida de sus seres queridos, pero tampoco le era fácil imaginarla para sí mismo. Es por ello por lo que este autor pensaba, que el camino intermedio fue la aceptación del hecho físico de la muerte pero la negación de que ésta supusiera el fin de la existencia para uno mismo.

Freud pensaba que el hombre "primitivo" había inventado los espíritus al confrontarse con el cadáver del ser querido. Para este autor, la deducción de la existencia de una o varias almas era la consecuencia del recuerdo perdurable de sus muertos, y así llegó a la conclusión de que él mismo sobreviviría después de la aparente muerte. Decía que "ante el cadáver de la persona amada nacieron no sólo la teoría del alma, la creencia en la inmortalidad y una poderosa raíz del sentimiento de culpabilidad de los hombres, sino también los primeros mandamientos éticos".

Bowlby llama la atención sobre que, en casi todas las sociedades, se comparte la creencia de que a pesar de la muerte física, la persona no sólo sigue viviendo sino que además continúa su relación con los vivos, al menos durante un tiempo. Sin embargo, este autor no da ninguna explicación a por qué esta experiencia es tan generalizada. Simplemente, se limita a aceptarla como un hecho normal.

Otros aspectos que se cuestionaba Freud eran por qué un hecho no contrastable de ninguna manera, como es la existencia de los espíritus de los muertos, es tan frecuente como creencia humana y, además, por qué muchos de esos espíritus son vivenciados como dañinos y potencialmente peligrosos, dando lugar a rituales de purificación de los vivos y apaciguamiento del fallecido, aun cuando nunca hubiera sido temido ni peligroso en vida, sino todo lo contrario.

Si bien en nuestra cultura no es tan frecuente como en las culturas "primitivas", o por lo menos no están tan activas, las creencias cotidianas sobre los espíritus de los muertos, lo que sí es cierto es que cuando una persona vivencia en su presente el fallecimiento de alguien muy cercano, el característico estado emocional y, sobre todo, la emergen-

cia de las percepciones específicas sobre el difunto, favorecerán la reaparición de todas esas creencias culturales arrastradas desde los albores de nuestra historia de la humanidad, asentadas y fomentadas por la activación del pensamiento mágico.

Todo ello se podría entender como una explicación mágica individual de los procesos del duelo, que será apoyada y transmitida culturalmente. Es decir, que las percepciones de presencia del fallecido junto a la brusca activación del pensamiento desiderativo, llevarán a la persona a confundir estas percepciones y sus profundos deseos de reunión con el difunto, con la realidad de la existencia de éste. Esto se verá favorecido, además, por la presión del pensamiento colectivo, es decir, que muchas personas previamente habrán sufrido idénticas experiencias de pérdidas, llegando a las mismas conclusiones, lo que ha podido originar unas creencias colectivas de la realidad de un mundo de los espíritus.

Es esencialmente humano tener percepciones de fantasmas y responder a estímulos familiares con maneras que sólo serían apropiadas en el caso de que el difunto estuviera todavía vivo. Es decir, que podemos pensar que será la suma de distorsiones perceptivas, activación del pensamiento mágico, temor a la propia aniquilación y la transmisión cultural, lo que nos permite entender el por qué de la creación de ese mundo de los fantasmas de los muertos.

Se puede suponer que, el que tantos y tantos pueblos como los egipcios pusieran comida en las tumbas o los romanos pusieran una moneda debajo de la lengua del difunto, etc., se basaba en un sistema creencial cognitivo, pero lo que intentamos decir es justo lo contrario. Que hoy en día nos pueda hacer sonreír el hecho de que el muerto necesite comida o sus armas para alcanzar la otra vida, no tiene sentido. Pues en la sociedad occidental, se dedica un día al año al culto a los muertos y, en ese día, la sociedad entera se moviliza, se gasta importantes sumas de dinero en flores (aunque sepa que al día siguiente serán más baratas), porque en realidad lo que desea es apaciguar y contentar a sus muertos "vivos". Es decir, que "animamos" a nuestros muertos y les creemos capaces de sentir, ofenderse y desear, lo mismo que ha

hecho el hombre "primitivo" desde la época de las cavernas.

Por lo mismo, la conducta y actitud del hombre "primitivo" es totalmente congruente con la interpretación creencial que hace de sus experiencias afectivas y perceptivas, y depende de un pensamiento mágico que supone la presencia real del fallecido "en otro mundo", pero es que esa es también la tendencia "natural" de la persona occidental ante unas vivencias de realidad tan fuertes. Por eso, muchas personas que acaban de sufrir una pérdida hablarán con el fallecido estando absolutamente convencidas de que les escucha, notarán su presencia a su lado y la interpretarán o bien como peligro (en cuyo caso se asustarán), o bien como guía, en cuyo caso la fomentarán. Por eso sentirán que es preciso seguir unos ritos funerarios y de duelo, acudir a visitar la tumba del fallecido y seguir manteniendo vivo su recuerdo, porque creen realmente en su existencia en otro mundo. Es frecuente que callen por vergüenza la mayoría de sus creencias, pues si bien, es aceptable en términos de religión creer en la existencia del alma, lo que ya no es tan aceptable socialmente es hablar con el fallecido y, sin embargo, eso sería totalmente congruente con la creencia religiosa.

Para Torralba, desde un punto de vista sociológico, la muerte es una cuestión trascendental. La muerte es universal, pero los modos de morir en el seno de cada sociedad difieren sustancialmente. Es distinto morir en Occidente que en Oriente, en el África negra o en Europa. Los procesos sociales que acompañan el morir son radicalmente distintos y también la consideración social del hecho de morir. Desde el discurso sociológico, se analiza el sentido del morir y sus procesos rituales y simbólicos en el seno de una determinada sociedad. A lo largo de la historia de la civilización, la caracterización de la muerte ha adquirido formas distintas y se ha concretado en procesos y formas muy variadas.

EL TEMOR A LOS MUERTOS

Una característica del pensamiento primitivo, como es investir a los supuestos espíritus de los muertos de una potencialidad maligna, es frecuente observarla también en nuestra sociedad, y eso debe tener alguna explicación.

Decía Frazer que el alma podría ser extraída del cuerpo en contra de su deseo. Por eso, cuando está pasando un funeral ante la casa, los karenes atan a sus hijos con unos cordones especiales a un lugar determinado, temerosos de que las almas de los niños abandonen sus cuerpos y entren en el cadáver que conducen. Así los dejan atados hasta que el funeral se halla fuera del alcance de la vista. Después, cuando el cadáver ha sido depositado en la fosa y antes de cubrirlo de tierra, los familiares y amigos se alinean alrededor de la tumba, cada uno de ellos con un palo de bambú hendido en una mano y con un palo pequeño en la otra. Cada uno introduce su media caña en la fosa y, arrastrando el palo por la acanaladura del bambú, señalan a su alma que por aquel camino puede fácilmente saltar fuera de la tumba. Mientras van echando la tierra, sacan gradualmente los bambúes, temerosos de que las almas que ya estaban subiendo por el canal pudieran ser inadvertidamente arrastradas por la tierra que van arrojando a la fosa. Cuando la gente abandona el lugar, se llevan los bambúes y ruegan a las almas que vayan con ellos. Además, a la vuelta del entierro, cada karen se provee de tres pequeños ganchos hechos de ramas de árbol y llamando a su espíritu para que le siga, se va volviendo a cortos trechos y hace un movimiento como si le enganchase, e hinca después el gancho en el suelo. Así impide que el alma del vivo se quede con el alma del muerto. Cuando han enterrado a algún karobatako y los demás están cubriendo la fosa, una bruja corre alrededor pegando al aire con una vara, para alejar las almas de los acompañantes, pues alguna podría escurrirse y caer en la fosa, quedando cubierta de tierra y muriendo entonces su dueño.

La existencia de los muertos como espíritus malignos no es sólo cosa de culturas "primitivas", y así algo que nos llama la atención en cualquier funeral y que, probablemente, tenga relación con el temor a "molestar" a los muertos y por consiguiente atraernos sus desgracias, es la costumbre generalizada de recordar y verbalizar exclusivamente todo lo que de bueno tuvieron en vida, incluso exagerando sus bondades, mientras que hacer comentarios reales pero negativos del difunto, crea fuerte incomodidad, malestar y rechazo entre los que escuchan.

Hay estudios antropológicos en los que se comenta este temor a los muertos; así, se consideran como los más peligrosos, los espíritus errantes de los muertos recientes, sobre todo cuando han desempeñado un papel importante en la vida. Se supone que quieren llevar a los vivos a la muerte. Para apaciguarlos se colocan en la tumba sus pertenencias, ante todo armas y herramientas. Para que no retornen se acumulan piedras sobre la tumba y se borran las huellas con hojas de palmeras para que el muerto no encuentre el camino de vuelta. Los parientes se embadurnan de colores, se cortan el pelo y tratan de desfigurarse para que el muerto correspondiente no les reconozca.

Para evitar ese reconocimiento, por si el recientemente fallecido volviera, en África del Sur, existe una tribu donde los parientes se ponen durante un cierto tiempo un saco en la cabeza, luego, se hacen atar a un prado y simulan ser vacas para no ser reconocidos por su familiar, si diera el caso de que volviera por allí a buscarlos.

Otra tribu de indios sudamericanos tiene por costumbre cortar los tendones de los pies al difunto, y atar el cuerpo al "árbol de los cadáveres", comprobando de vez en cuando que sigue allí.

Según las costumbres, pero siempre en relación con el temor a la potencialidad maligna del muerto, unas tribus abandonan su lugar de residencia por temor a que éste vuelva y les dañe, mientras que otras, cortan la cabeza del difunto y la ponen en su casa, haciéndole ofrendas para contentarlo y así evitar el daño.

Un hecho común a todos los rituales, en las distintas culturas, es que sirven para dar distintas ubicaciones a los muertos y sus recuerdos respecto a los vivos y, en general, se los coloca en un único lugar, sea este el domicilio familiar, el cementerio, un lugar sagrado, etc., probablemente con la función de delimitar el peligro dejando el resto del medio libre y, por tanto, seguro. Es posible que el hecho de que tanto el cadáver, como sus posesiones más preciadas permanezcan en un único lugar, pueda tener como consecuencia el que las percepciones que producía el difunto queden delimitadas, y así puedan ser evitadas. Pero no sólo eso, sino que en muchos pueblos, se observa el tabú de pronunciar el nombre del difunto durante un período variable de tiempo tras la muerte de éste, o incluso

para siempre. El temor a atraer la atención del espíritu, si se le llama por su nombre, y que ello acarree todo tipo de males, es llevado al extremo de cambiar el nombre a todas las personas u objetos de fonética similar al nombre del muerto. La explicación a este curioso tabú quizá sea el hecho de que pronunciar en voz alta el nombre del difunto, no es simplemente un hecho verbal, sino que evoca una importantísima cantidad de información simbólica y subjetiva sobre la persona nombrada, y probablemente dé lugar a muchas percepciones sobre la misma. La imposibilidad del pensamiento mágico en diferenciar lo objetivo de lo subjetivo hará el resto.

En cierta forma, relacionado con el miedo a atraer la desgracia provocada por el difunto, en muchos funerales se encuentran incorporadas ceremonias de autocastigo. Éstas permitirían disminuir, en la conciencia de los vivos, los temores a los deseos de venganza del muerto, permitiéndoles que una vez pasados los funerales, pudieran incorporarse sin sentimientos de culpa ni de temor al daño del desaparecido, a la nueva situación del vivo.

Entre nosotros, algo nada infrecuente que podemos observar a menudo, es como tras el fallecimiento de alguien, los familiares cercanos que, en muchos casos, le han cuidado durante largas enfermedades y con múltiples sacrificios, tienen miedo a dormir en la misma cama en que falleció el difunto, utilizar sus ropas, entrar en su habitación o en su casa, etc. Antecedentes de estos temores los encontramos en muchas culturas, y así, por ejemplo en la isla de Arú existe la costumbre de no dormir en una casa en la que acaba de morir alguien, por temor de que la propia alma, al proyectarse fuera, en el sueño, pueda encontrarse al espíritu del muerto y sea raptada por él.

En culturas muy culpabilizantes, donde la noción del pecado y la culpa está muy presente, durante los duelos se suelen presentar estos sentimientos en el superviviente; mientras que, en otras culturas, se desarrolla el temor a la venganza del fallecido. Por estos motivos, algunos pueblos “primitivos”, inventaron ritos que les permitían romper con determinados estímulos del difunto y “apaciguarle o ayudarlo a encontrar el camino al otro mundo”, así como simultáneamente, mediante una

ceremonia colectiva, admitir una realidad nueva como era la adaptación del grupo, y especialmente de los más allegados, a sus nuevos roles sociales.

Para Reverte Coma, todas las ceremonias, sea el pueblo que sea, tendrían las siguientes finalidades:

- Asegurar el reposo del alma o almas.
- Llevar a cabo los rituales de agregación y separación de Van Gennep.
- Preparar el camino del alma, asegurando y facilitando su viaje al más allá.
- Vengar al muerto de sus enemigos.
- Impedir que el alma sea un peligro para la familia o el grupo, mediante ofrendas, sacrificios, comidas funerarias, duelo, ayuno, abstinencia, mutilaciones, ceremonias de purificación, pues el muerto es frecuentemente considerado fuente de contaminación, etc.

Es decir, que todos los ritos de las diferentes culturas “primitivas”, tendrían como finalidad apaciguar al difunto, contentarle de diversas formas y, sobre todo, favorecer su marcha definitiva del mundo de los vivos, para de esa forma evitar el daño. Sin embargo, también en culturas donde este mundo creencial de los espíritus de los muertos no está tan activo, siguen existiendo rituales alrededor del hecho de la muerte.

CONCEPTO DE DUELO

Etimológicamente, el término duelo significa “dolor” (*dolus*) y, también, “desafío o combate entre dos”.

Según Johnson, el duelo fue explorado por primera vez por Freud en 1917, quien describió la emoción normal del duelo y su expresión en el luto. La resolución del duelo, tal como la describió Freud, es un proceso doloroso que no concluye con facilidad.

El concepto de duelo implica todo un proceso dinámico complejo que involucra a la personalidad total del individuo y abarca, de un modo consciente o inconsciente, todas las funciones del “yo”, sus actitudes, defensas y, en particular, las relaciones con los demás.

Carpenito (1987) define el duelo como “estado en el que un individuo o familia experimenta una pérdida real o percibida (persona, objeto, función, estatus, relaciones), o estado en el que un individuo

o familia responden al convencimiento de una futura pérdida (duelo anticipado)".

"El duelo puede considerarse como un proceso social, ya que puede manejarse mejor cuando es compartido y asistido por los demás" (Burgess, 1985; citado por Novel y Lluch). En el caso de la muerte —ejemplo paradigmático de las causas posibles de duelo—, todas las culturas y religiones reconocen el duelo como tal y proporcionan normas de comportamiento social que incluyen las conductas adecuadas antes, durante y después de un entierro, así como el tiempo que el duelo debe durar.

El duelo es una respuesta universal a una pérdida (o a una separación) a la que se enfrentan los seres humanos de todas las edades y de todas las culturas. Es una respuesta normal y natural; quizá no sería natural la ausencia de respuesta. Es algo personal y único y cada persona lo experimenta a su modo y manera. Sin embargo, produce reacciones humanas comunes. El duelo es una experiencia global, que afecta a la persona en su totalidad: en sus aspectos psicológicos, emotivos, mentales, sociales, físicos y espirituales.

El duelo es, asimismo, una experiencia ambivalente: se presenta como posibilidad y riesgo. Posibilidad de maduración, que hace que el ser humano emerja del proceso como persona diferente: consigue, de manera consciente o inconsciente, deshacer los lazos que le unían al ser querido, adaptarse a la pérdida y volver a vivir de manera "sana" en un mundo en el que ese ser querido nunca más estará. Sale fortalecido psíquica y espiritualmente. Y riesgo de cronificación, al hacer un duelo incompleto o mal elaborado, que puede llegar a requerir tratamiento psicológico o psiquiátrico.

El duelo surge como reacción ante el sentimiento de pérdida. Así, por ejemplo, la pérdida de un ser querido se experimenta no sólo a través de la muerte, sino también a través de una larga enfermedad, un divorcio o una separación. También se experimenta, en mayor o menor medida, ante la pérdida de objetos materiales en los que hemos depositado importantes vínculos afectivos y ante la pérdida de roles y/o estatus: posición económica y social, pérdida del puesto de trabajo, etc. Cada nueva pérdida requiere la adaptación a esa circunstancia vital específica. Todas las pérdidas, incluida

la de un ser querido por la muerte, suponen una pérdida por parte de la persona; por esto, la experiencia es única en cada persona.

FUNCIONES DE LOS RITUALES

Los rituales representan la afirmación simbólica de los valores del grupo por medio de acciones y declaraciones culturalmente estandarizadas.

Podemos decir que existen dos tipos de rituales: aquellos que se repiten anualmente o "ritos calendáricos", que tendrían como finalidad garantizar el éxito y la prosperidad en el futuro, o la protección contra peligros que pudieran dañar las cosechas y los animales; y los llamados "rituales de tránsito o pasajes", entre los que se incluirían los "rituales de duelo". Estos, igual que otros como los de "iniciación", señalan un cambio social, a partir del cual, se espera una transformación del individuo. Suelen tener que ver con etapas del ciclo de la vida, a diferencia de los calendáricos que tratan con fenómenos de la naturaleza.

Van Gennep, en un intento de encontrar puntos comunes y un único simbolismo en los rituales de diversas culturas, afirmaba que en todo rito de transición encontraríamos tres etapas, que él denominaba: "de separación", durante la cual el individuo perdería su estado inicial; "la marginal o liminal", donde el sujeto queda en un estado intermedio, en el que no se está dentro ni fuera, y que se caracterizará por la ambigüedad y el peligro, y que se simbolizará por tener que soportar una serie de pruebas desagradables; y por último, "la de integración o agregación", donde el individuo adquiere su nueva condición dentro del grupo. El rito serviría no sólo para conducir a la persona de forma reglada de un estado a otro, sino que también sería un fenómeno purificador.

Dentro del rito en sí, y admitiendo que esas fases son comunes, sin embargo, los actos rituales pueden presentar diferencias interculturales, aunque presenten muchos rasgos similares, y así, hechos como el enterramiento de objetos, lavarse, rasurarse, determinadas mutilaciones corporales, cruces de corrientes de agua y de otros obstáculos, podrían ser entendidos como actos simbólicos de separación, mientras que ungir, comer y vestir ropas nuevas, simbolizarían acciones de integra-

ción comunes. La extensión sistematizada del funeral lo constituirían las reacciones de aniversario.

Otro aspecto interesante es que, además de determinados actos ritualizados, en las sociedades “primitivas”, se da mucha importancia a la expresión externa y marcada de las emociones, entre las que no sólo se manifiesta el dolor, sino también la rabia. Ello indicaría un reconocimiento, por parte de esas culturas, de ese afecto como algo normal dentro del sentir del duelo y tendría una función canalizadora de esa rabia hacia actos socialmente admisibles y temporalmente delimitados.

Para Durkheim, citado por Harris, que estudió los ritos funerarios de los aborígenes australianos, la expresión ritual de los sentimientos, particularmente en forma de obligaciones de duelo de los parientes, tendría además la función de comprometer la solidaridad del grupo.

La Fontaine señala que los actos rituales son simbólicos y expresan ideas sociales significativas, asociando lo físico con lo social. Esto mismo decía Van Gennep cuando afirmaba que lo que era central en los ritos era el cambio de estatus social antes que una preocupación por los cambios físicos. Para él, todos los cambios de los ciclos vitales suponen perturbaciones en la vida de la sociedad y del individuo, por lo que, lo que intentan los rituales es regular la relación de los acontecimientos individuales y, con ello, mantener el orden social y reducir sus efectos dañinos.

Aunque, teóricamente, este autor suponía que lo predominante en los ritos funerarios sería la fase de separación. Sin embargo, en la práctica se encontró que generalmente, era la fase de transición la que dominaba el simbolismo del ritual. Los ritos de separación eran pocos, mientras que los de transición eran muy complejos y tenían una larga duración. Para Van Gennep, estos actos no servirían para facilitar la transición de un estado a otro, sino que facilitarían la comprensión de la ambigüedad del estado. Mientras que los ritos de separación serían simples, puesto que su única función sería la de dar a conocer al grupo el que una persona del mismo ha muerto, los ritos de transición implicarían la aceptación personal y social del significado de la muerte. Son mucho más complejos porque suponen el pacto y la aceptación de que alguien significativo ha muerto.

Tylor, igualmente citado por Harris, señalaba, en el mismo sentido, tres funciones de los rituales de tránsito que, perfectamente, encajan con el duelo. Estas serían:

- Validación y refuerzo de los valores del grupo en un momento de disturbio psicológico.
- Refuerzo de los lazos dentro del grupo.
- Reconocimiento del nuevo estatus dando a conocer al grupo dicho cambio.

En todas las sociedades existen ritos y reglas para eliminar a los muertos y para regular el comportamiento adecuado de los supervivientes. En general, los detalles rituales en una u otra cultura varían, pero lo común a todas esas prácticas es la prescripción de una experiencia de grupo en la cual la sociedad completa, y no sólo el allegado al difunto, espera ejecutar un acto colectivo alrededor de la muerte y del fallecido.

Hoy en día, se puede pensar, que algunas funciones de los funerales serían: ayudar a la persona que sufre de cerca una pérdida, registrar dicha pérdida, intercambiar bienes y servicios, proporcionar a los vivos una oportunidad para expresar su gratitud al difunto y realizar actos que se creen provechosos para el fallecido. Las ceremonias fúnebres sirven como rito de paso del muerto hacia el otro mundo y, para el superviviente, estas ceremonias, facilitarían la transición desde una posición y un papel social previos, y que ya no son apropiados después de la pérdida, hacia un nuevo papel y posición social. Además se dicta un tiempo de duelo permisible.

Concluimos este apartado, con el relato de un ritual fúnebre de nuestros días: Una mañana de primavera del pasado año, falleció un joven de 19 años, tras sufrir un accidente traumático. Al día siguiente, el cadáver fue incinerado. Al tercer día del fallecimiento, los padres, hermanos, familia cercana y amigos, se trasladaron a la playa de Bolonia, en el litoral gaditano, lugar predilecto del difunto, para esparcir sus cenizas en el mar. Al llegar a la playa, se encontraron con amigos del fallecido, quienes desconocían lo sucedido. Se produjeron escenas emotivas: abrazos y llantos como muestra de solidaridad por el dolor sentido. Luego, se unen al cortejo. Eran veinticinco o treinta personas. Al acercarse a la orilla del mar, el padre del finado ofrece el cofre, que contenía las cenizas, al

amigo íntimo de su hijo y le cedió el honor de esparcirlas en el agua. El amigo titubeó en principio, pero aceptó el ofrecimiento. Formaron un semicírculo frente al mar y alrededor de los padres y del amigo que tenía el cofre en sus manos. Uno de los amigos comenzó a tocar una caja de madera, instrumento de percusión que habitualmente tocaba el joven fallecido. La bruma con la que amaneció el día fue desapareciendo y empezó a lucir un sol radiante primaveral. Soplaban una leve brisa. Se oía el ritmo ronco de golpear de las manos en la caja. Al mismo tiempo, el joven amigo, lentamente, con lágrimas en los ojos, se introdujo en el mar; luego se giró y comenzó a esparcir las cenizas en el agua, mirando a los allí presentes, quienes estaban entrelazados, cogidos de la mano. Cuando terminó, el sonido de la caja cesó. A continuación los amigos se introdujeron en el agua y se bañaron mezclándose entre las cenizas. Al salir, tras haberse diluido las cenizas, el amigo se dirigió a los padres y les dijo: “hemos querido dar el último abrazo a nuestro amigo”. El padre y la madre rompieron a llorar. Unos y otros se abrazaron. Poco a poco abandonaron la playa, hasta el lugar donde estaban los vehículos en los que regresaron a la ciudad.

PERSPECTIVA PSICOSOCIAL Y ANTROPOLÓGICA DEL DUELO

La forma de elaborar los duelos y transiciones psicosociales es un componente fundamental de nuestra adaptación al entorno. También de nuestras adaptaciones y dificultades en la relación social. De ahí que los procesos de duelo posean una tan importante repercusión en la vida social del individuo. La forma de expresar el duelo, sin embargo, está estrechamente relacionada con la cultura a la que pertenezcamos (por ejemplo vestirse de negro), a las situaciones que rodean a la pérdida, a la edad de la persona que fallece, la situación vital, si se trata de una muerte anticipada o repentina.

Si bien lo que desencadena un duelo en una persona es siempre idiosincrásico de la misma, existen situaciones que prácticamente en todos los seres humanos desencadenan duelos de cierta importancia. Son las situaciones que denominamos transiciones o crisis psicosociales y que, en el ámbito sanitario, implican factores de riesgo situa-

cionales y pueden entenderse como situaciones de riesgo. En tal sentido, un elemento básico de cada cultura son una serie de costumbres y normas sociales con respecto a esas transiciones psicosociales características de la misma: Orfandad, separaciones, entrada en la edad adulta, etc. La mayoría de las culturas incluirán entre sus elementos más indelebles y centrales los ritos con respecto a la enfermedad, la pérdida, la muerte, el luto...

Transiciones psicosociales fundamentales:

1. En la infancia

- a) Pérdida o separación de los padres.
- b) Pérdida del contacto con el medio del hogar familiar por acontecimientos como es el ingreso en un hospital, en un internado o en una escuela.

2. En la adolescencia

Separación de los padres, del hogar y de la escuela.

3. En los adultos jóvenes

- a) Ruptura matrimonial.
- b) Embarazo (especialmente el primero).
- c) Aborto (más si es repetido).
- d) Nacimiento de un niño disminuido.
- e) Pérdida del trabajo.
- f) Pérdida de un progenitor.
- g) Emigración.

4. En los adultos y ancianos

- a) Jubilación.
- b) Pérdida de las funciones físicas.
- c) Duelo por familiares o allegados.
- d) Pérdida del ambiente familiar, por ejemplo, al ingresar en residencia de ancianos.
- e) Enfermedad o incapacidad en miembros próximos de la familia.

Aunque la pérdida que precipita el pesar suele ser la pérdida de otra persona, las pérdidas varían considerablemente en cuanto al grado en que suponen una pérdida de rol o cambian las propias pautas de vida. Por ejemplo, la pérdida del marido altera considerablemente el rol social de la viuda y puede incluir la pérdida de un compañero, una pareja sexual, un chofer, etc., papeles que pueden requerir una reposición independiente. Aunque

uno puede condolerse sinceramente por la muerte de un héroe nacional o de un político, la pérdida rara vez supone la pérdida de rol, y es probable que un sustituto ocupe pronto las funciones del finado. La disponibilidad de restitución influye considerablemente en la respuesta de uno a la pérdida; de hecho, algunas culturas proporcionan un compañero a la viuda poco después de la muerte del marido.

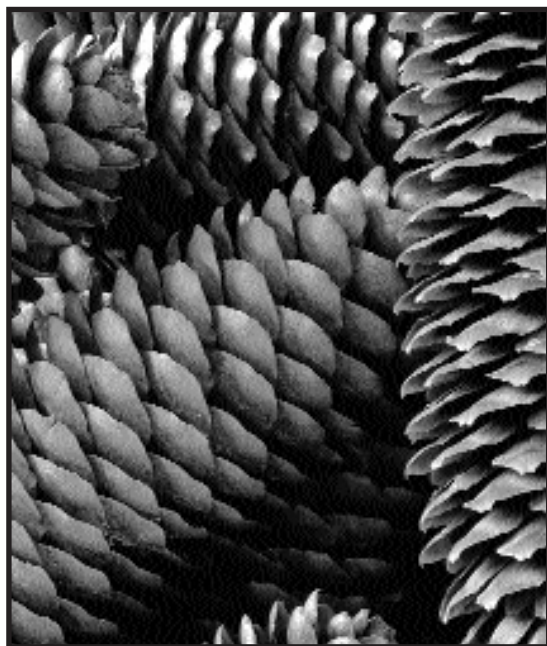
El duelo ocurre o se inicia inmediatamente después, o en los meses siguientes a la muerte de un ser querido y está limitado a un período de tiempo que varía de persona en persona (no se extiende a lo largo de toda la vida). El trabajo de duelo es un proceso psicológico complejo de deshacer los lazos contraídos y enfrentarse al dolor de la pérdida. Al hablar de duelo no podemos dejar de citar a Freud, quien ha hecho importantes aportes en lo que a este tema respecta. Freud compara la melancolía con el duelo en sus escritos de "duelo y melancolía". Ambas son reacciones ante la pérdida de un ser amado. En el duelo, la pérdida, trae grandes desviaciones en la conducta normal. Pero no se considera una conducta patológica. Esto es muy importante porque todas las personas que sufren pérdidas afectivas atraviesan un proceso de duelo y es inevitable sentir tristeza ante semejante acontecimiento. En el duelo la pérdida es real, o sea que se pierde un objeto del mundo externo y se sabe cual es, la persona comienza con conductas anormales (pero no es patológico), se supera con el paso del tiempo. Hay una menor productividad y el mundo queda pobre y vacío.

La melancolía sería equivalente a un duelo patológico. En este caso el duelo se produce ante una pérdida que puede o no ser real, se provoca un estado de ánimo deprimido, desinterés por el mundo externo, autorreproches, autodenigración, insomnio, productividad inhibida. La persona siente un vacío interno. En el duelo, el objeto amado ya no existe más.

La elaboración normal del duelo conduce, pues, a la reconstrucción del mundo interno, enriquecido por esta nueva experiencia y por una confianza básica acrecentada. Es la situación que el luto ritualiza con la obligada permanencia del deudo en casa, estándole "socialmente prohibidas" diversiones, vestidos vistosos, etc.; así podrá con-

centrarse en el "trabajo interno" del duelo. Sólo progresivamente, desde el negro (el color del luto en nuestra cultura), se va a pasar a otros colores, lo que quiere indicar a los ojos de los demás que la pérdida se va alejando en el tiempo (e interiorizando en el espíritu) y que la persona ya está autorizada por la sociedad y por sí misma para restablecer sus emociones sociales o establecer otras nuevas.

En realidad, pues, las manifestaciones sociales y antropológicas del duelo y los procesos de duelo poseen una triple vertiente: por un lado, son la expresión al nivel de sociedad, instituciones y microgrupos de esos procesos, que de alguna forma son vividos en algún momento por casi todos los miembros de esa comunidad. A otro nivel, la ritualización y las costumbres que implican, en una cultura lo suficientemente integrada, tienden a ayudar en el trabajo psicológico del duelo; de ahí la importancia de determinados ritos, como, por ejemplo, los funerales. Por último, esos ritos y costumbres poseen una vertiente antropológica y social: facilitan la comunicación del hecho a la comunidad, dan pie al intercambio de bienes y servicios, proporcionan a los vivos ocasión de conagrarse con el muerto y sus familiares y allegados, preparan para nuevas relaciones a través de los actos sociales...



En tal sentido, esos ritos funerarios poseen un cuádruple valor: si no son excesivamente rígidos y ritualistas, ayudan en los procesos emocionales de los individuos en duelo, es decir, poseen un valor emocional. En segundo lugar, tienen consecuencias en la redistribución de bienes y servicios de una sociedad, cuentan con un valor económico y de intercambio. Pero, además, poseen también un valor simbólico y comunicacional: son formas de comunicarse entre sus miembros y, con ello, son medios de cohesión social. Más adelante, en el último apartado, se profundiza en estos elementos.

Sostiene Ripoll que son cuatro los factores que afectan, de manera importante, al duelo:

a) Los factores psicológicos

La pérdida y el sentido de la pérdida es único. Una misma pérdida tiene un significado diferente para diferentes personas, porque cada uno la percibe de manera distinta, dependiendo del:

- Sentido, calidad e inversión emocional de esa relación para el doliente.
- Dependencia o independencia que ha generado.
- Cantidad y calidad de los “asuntos” sin resolver entre el doliente y el fallecido, características del fallecido, (edad, sexo, personalidad).
- Percepción del doliente sobre la “realización, satisfacción y cumplimiento” que la vida ha depa- rado al fallecido.
- Rol y funciones del fallecido para el doliente, su familia y el sistema social en que se movía, que van a dar lugar a determinado número de pérdidas secundarias.

Si las relaciones con el ser querido han sido conflictivas, el dolor no solo es por la pérdida; el doliente también se culpa de no haber tenido mejores relaciones con el fallecido; no le queda ni la esperanza de poder mejorarlas algún día. En este caso, la muerte del ser querido resucita viejos conflictos, no resueltos con anterioridad: miedos, ansiedades, sentimientos de abandono infantiles; y conflictos de ambivalencia, dependencia, seguridad en las relaciones padres-hijo. El doliente tiene que enfrentarse a la pérdida actual y a viejas pérdidas.

El impacto que una pérdida produce en una persona no se puede “normalizar”, de manera que

se pueda asumir a priori qué pérdida va a afectarle más. Pero la pena es mayor cuando muere un hijo pequeño o adolescente, y el esposo/la esposa.

b) Los recursos personales

La respuesta a la pérdida y la manera de afrontar el duelo es análoga a otras respuestas vitales de la persona. Dependen de:

- Sus comportamientos adaptativos, personalidad, carácter y salud mental.
- El grado de confianza en sí mismo.
- El nivel de madurez e inteligencia, relacionados de manera positiva con una buena resolución del duelo, al dar más posibilidades de entender el sentido e implicaciones de esa muerte.
- El haber o no sufrido otros duelos, que pueden afectarle de manera positiva –sabe que “sobrevive” a la pérdida– o negativa.
- La posibilidad de expresar el duelo.
- La concurrencia de otras crisis personales, que complican el duelo. Cada una de ellas demanda energía y atención, en momentos en que se está “vacío”.

La comprensión, implicaciones, manera de afrontar y expresar la pérdida, están influidos siempre por el propio sentido de la existencia y la fundamentación religioso-filosófica, cultural y social del doliente.

c) Circunstancias específicas de la muerte

El modo y momento de morir influye en los supervivientes. No es lo mismo:

- La muerte de un anciano que la de un niño. Los padres experimentan ésta como antinatural e injusta.
- La muerte por una enfermedad terminal, que la súbita e imprevista.
- La muerte por suicidio o actos violentos.

La muerte anunciada por una enfermedad terminal da a los allegados la oportunidad de prepararse al desenlace. Un accidente de tráfico o laboral, un infarto, origina muertes muy difíciles de aceptar. Todavía más dramática resulta la muerte por suicidio, que deja sentimientos de culpa profundos o la que resulta de actos violentos (asesinatos, violaciones). Los dolientes pueden obsesionarse con el pensamiento de cómo habrá vivido su ser querido aquellos últimos momentos.

d) Los apoyos externos

Los dolientes viven su duelo en una determinada realidad social, que influye en el proceso de recuperación. La familia es el contexto fundamental y puede ayudar o entorpecer la elaboración de un duelo, permitiendo, por ejemplo, exteriorizar la pena o por el contrario, premiando “la fortaleza” y “entereza” del que “se controla”. Toda “cultura familiar” implica comportamientos, tradiciones, valores sociales y expectativas. Los amigos, los profesionales, los “grupos de pertenencia”, la Iglesia, los “grupos de ayuda mutua” –formados por personas que han sufrido experiencias similares– pueden ser otras tantas posibilidades de apoyo y consuelo.

El ser humano vive apoyado psicoemocionalmente en relaciones con los demás, suponiendo los otros soportes, en muchos casos, fundamentales para nuestro íntimo equilibrio psíquico. Cuando uno de estos soportes externos muere, se produce temporalmente un cataclismo interior, cuya intensidad dependerá del tipo de relación establecida con la persona muerta y de la profundidad de su significación en nuestra existencia. Una columna de nuestro edificio interior se rompe, viéndose amenazado el mismo de distintas maneras, según la trascendencia de la misma. Todas estas circunstancias implican el tipo de duelo que cada uno va a realizar y, en el que se verán comprometidos igualmente los recursos con que se cuente para enfrentar la pérdida y su restitución en un mundo diferente, en el que el muerto se encuentre ya diluido e incluido, constituyendo la parte íntima de los vivos.

Sólo cuando uno se ha confrontado con la muerte de un ser querido y próximo, en el que se apoyaba una parte importante de su proyecto vital, se es capaz de entender de duelo. Sólo cuando con el tiempo y, habiendo tenido la valentía de la confrontación con el dolor de la pérdida, pagado el coste correspondiente, aparece su superación, lentamente, sin estridencias, discretamente. Tal y como se hace con todo lo importante de la vida. Finalizado el proceso, es entonces cuando uno toma conciencia y se sorprende de haber sufrido una transformación interna e íntima, una metamorfosis y un aprendizaje que marca un hito en su existencia, en la que fácilmente se puede distinguir

un antes y un después del acontecimiento vivido. Muchos de los planteamientos cotidianos que regían la vida, aparecen ante sus ojos como absurdos, vacíos de sentido y falsos.

TRANSICIONES Y VALORES: EL “ANTES” Y EL “AHORA”

El hombre nace, crece, se reproduce y muere. Este es un axioma tan natural como la vida misma. Tarde o temprano completamos esta última etapa. Somos nosotros quienes llevamos las riendas de nuestra vida y con nuestra forma de vivir, vamos enmarcando nuestra forma de morir. Si bien, por una parte esto es así, por otra, en el “libro de la vida” ya está escrita nuestra última página y podemos “ser llamados” o simplemente “dejar de existir”, antes de completar nuestro proceso biológico, sin que podamos hacer nada por evitarlo.

Las formas de morir no han cambiado mucho a lo largo de la historia, se pueden resumir en dos: de forma brusca, aguda, sorpresiva, o de forma prevista, esperada y no por ello menos angustiante. El impacto que produce en los vivos, cualquiera de estas dos clases de muerte, presenta diferentes grados de fuerza, que dependerán de todo aquello que el difunto haya sembrado, de cómo haya guiado su propia existencia.

Lo que el tiempo nos ha quitado –o nos está quitando– es el contacto con la muerte. Los progresos científico-médicos, por un lado, y el complejo mundo político, social económico y cultural, por otro, han “abolido” el derecho a morir en casa, rodeado de los seres queridos y, por diversas razones, se nos esconde la muerte.

Antes, un buen día llegaba el padre a casa y, si eras lo bastante mayor para entenderlo, te decía: “abuelo ha muerto”. Quizás el más pequeño de la familia no lograba entender el por qué de los llantos, la tristeza reinante. Sus sentidos se impregnaban de esos sentimientos, esas sensaciones que flotaban en el aire y que le llevaban a una sola conclusión: miedo. Miedo a eso que ahora sería su compañera invisible y desconocida y de lo que más tarde descubriría que es irremediable.

A excepción de la muerte, cada rito de paso en el ciclo de la vida representa una transición para el individuo que marca el comienzo de una nueva forma de comportamiento. En cada escalón se

espera que el individuo conforme nuevos valores, para que actúe de una nueva forma. Las mismas ceremonias no sirven tan sólo como puntos de transición para el individuo, sino que también anuncian formalmente a la sociedad que debe juzgar al individuo por medio de una serie de normas. En este sentido marcan los diferentes niveles de desarrollo en el sistema de conciencia y normativa de la cultura de nuestra sociedad occidental.

La muerte es el último rito importante del ciclo de la vida que debe pasar obligatoriamente una persona. A diferencia de los otros rituales, el funeral comienza con un rito orientado hacia la familia, el velatorio y termina con un rito de la comunidad, el entierro. Aunque el estado actual después de muerto es muy distinto, la importancia de ser enterrado dentro de los muros del campo santo es reconocida por todos. El entierro como un ritual de la comunidad reconoce y da fin al cambio de estado de uno de sus miembros. Antes, por ejemplo, la mayoría de los hombres del pueblo aunque no tuvieran mucha relación con el muerto acuden a los entierros. El velatorio es el rito más importante en lo que se refiere a la personalidad y posición de la persona y de la familia. Empíricamente, el cambio de estatus involucra a los parientes más cercanos del muerto.

La calidad del funeral y la duración del entierro son los elementos tradicionales que han relacionado —y posiblemente todavía relacionan— el estado material del muerto. En el pasado había varias clases de funerales. Así por ejemplo, para un funeral de tercera clase, que era el más barato, el cuerpo era trasladado hasta la iglesia pero simplemente llevado hasta sus puertas. El cura lucía sus vestimentas más raídas. Se procuraba no dar este tipo de funerales siempre que fuera posible. Las prácticas eclesíásticas habían sido liberalizadas y los funerales de tercera dejaron de practicarse. Ahora todos los funerales son iguales, tan sólo varían en la asistencia y en algunos elementos.

En contraste, el entierro actual todavía comprende diferentes clases. Más caros si es en el nicho permanente. En muchos pueblos de España, el cementerio está limitado por un muro muy alto y en él hay filas de nichos, como casilleros en una oficina de correos. Estos nichos se pueden alquilar o comprar. Si se alquila y el alquiler deja de pagar-

se, se sacan los restos y el nicho está preparado para un nuevo ocupante. Los restos del desalojado son tirados a una fosa común. Menos caros que los nichos son los fosos en el suelo dentro del cementerio. También estos pueden ser permanentes o alquilados. Como en el pasado, el criterio utilizado para decidir qué tipo de funeral y entierro recibiría el muerto depende de la cantidad de dinero que los parientes pudieran pagar.

Antes, en pueblos y ciudades pequeñas los féretros eran llevados a hombros por los hombres hasta el cementerio, que solía estar a poca distancia del núcleo de la población. Ahora, el traslado de los restos mortales se hace en un coche fúnebre: se recoge al féretro en la casa del difunto, se le lleva a la iglesia y luego al cementerio; o bien, desde el hospital al tanatorio y de aquí al cementerio. Antes cuando moría alguien, en algunos pueblos, se llevaba el féretro en una mula. No es la comodidad del coche fúnebre lo que aprecia la gente, sino el "estilo".

Como el nacimiento, la muerte está siempre presente en la atmósfera de la comunidad. En estos pequeños lugares la mayoría de la gente que muere son ancianos. De éstos, la mayoría mueren lentamente en sus camas. Sus mejores amigos y sus parientes que no se habían hablado durante años escogen estos días para reiniciar sus relaciones.

El velatorio, que comienza cuando alguien muere, era un momento para hablar bajo, no para



muestras catárticas de dolor. Después de la muerte, el cuerpo era lavado y vestido y colocado en una cama. Los miembros más cercanos de la familia pasaban el día preparando la casa para la noche, cuando el resto de los acompañantes comenzarían a llegar para el velatorio. Algunas personas estaban en el velatorio durante toda la noche, los miembros adultos de la familia y unos cuantos amigos íntimos que les acompañaban. A no ser que el difunto fuera una persona muy especial, la mayoría de la gente iba al velatorio para acompañar a un amigo en su pena por la muerte de un pariente.

En el velatorio, los hombres y las mujeres se sentaban en sitios diferentes, las mujeres hablaban en el salón de la casa y los hombres, normalmente, sentados de una manera más informal enfrente del fuego de la cocina, o en cualquier otra dependencia de la casa. El anfitrión, que es normalmente un pariente íntimo, ofrecía cigarrillos a los hombres. En ocasiones, también se ofrecía café y licores a los acompañantes. El cuerpo del difunto yacía en su cama, a veces completamente solo, sin compañía. Los parientes más cercanos hacían turnos para permanecer sentados con el difunto, y a veces, otros parientes echarán un vistazo durante un instante, pero nada más. No era un tema tabú discutir sobre el difunto. De vez en cuando se hacían referencias al mismo, pero normalmente la conversación era similar a una conversación diaria de agricultores y hombres del pueblo. Estaban prohibidos los chistes en voz alta, pero entre los hombres se los contaban unos a otros. Mientras tanto, las mujeres solían rezar por el alma del difunto, guiadas por una especialista: “la rezandera”, que acudía a todos los velatorios para dirigir los rezos.

Cuanto más importante o más querido fuera el difunto o sus parientes, más número de personas iban al velatorio. Las mujeres dejaban a los niños pequeños al cuidado de las abuelas o vecinas y estaban más inclinadas a ir por razones de parentesco o amistad que por otro tipo de relaciones sociales.

La muerte tiene efectos duraderos sobre los vivos, sobre todo, sobre los parientes del difunto. Aparte de los cambios obvios de la composición de la familia, están las obligaciones progresivas y prescripciones del luto. Éstas incluyen vestir de negro, abstenerse de llevar joyas y colores fuertes y

de cantar y bailar. Además, la asistencia a festejos y entretenimientos también estaba prohibida durante el tiempo del luto. El plazo exacto del luto era dictado por la Iglesia Católica, otros dicen que por la tradición y por la regla de la formalidad. En cualquier caso, había –no sabemos si sigue tal prescripción– un plazo específico para cada posible pariente: cuanto más próxima fuera la relación con el difunto, mayor era el tiempo del luto. La mayoría de los adultos de más de 35 ó 40 años, pasaban gran parte de su vida en períodos intermitentes de luto de hasta varios años de duración. Esto es debido a las muertes de personas de su misma generación y de la de sus padres. Estas mismas muertes causan cortos períodos de luto para la gente más joven, para los que el difunto era su tía, tío o abuelo.

Mientras el aniversario de una muerte puede conmemorarse por la familia durante varios años a través de misas y servicios religiosos, la práctica más frecuente es conmemorar todas las muertes de familiares un día al año. El día de Todos los Santos, el uno de noviembre, es el día oficial para homenajear a los muertos en nuestra sociedad. El cementerio es preparado con esmero para esta ocasión, tanto por los responsables del mismo como por las familias. Candelabros, flores, imágenes, al igual que medios conmemorativos modernos tales como linternas con batería, crucifijos de plástico decoran las sepulturas individuales. Se celebra una misa de Todos los Santos en la capilla del cementerio y el pueblo viste sus mejores galas. Durante todo el día, la gente visita el cementerio para presentar sus respetos a sus parientes cercanos y lejanos.

Dentro de las características del ritual funerario, que comparte con otros rituales, se encuentra el que suele ser inevitable, es decir, no deseado por el sujeto; doloroso, y con una serie de comportamientos regulados culturalmente.

En el duelo, durante los primeros momentos, las marcadas expresiones externas y públicas de dolor, consistentes en llanto profundo, lamentos, gritos, desvanecimientos, etc., suelen ser muy bien toleradas y, en muchas culturas, esperadas. Tanto es así que, en determinadas épocas y grupos, se contrataban profesionales que iban a llorar ante el difunto (las conocidas *plañideras*).

Pero no sólo las expresiones de tristeza son esperables, sino también la expresión de la cólera

está incluida dentro del ritual. Y para canalizar esta cólera dentro de límites admisibles, las diversas culturas han incluido restricciones rituales con períodos forzosos de aislamiento, automutilaciones, desgarros en la ropa, etc., proyectando la responsabilidad de la muerte en un objeto o espíritu.

Sin embargo asistimos, en nuestra cultura occidental, a una negación de las manifestaciones externas de dolor y más aún de la rabia, por lo que esa primera función catártica y de llamada de atención, primariamente dirigida hacia el fallecido y en segundo lugar al grupo social, es impedida. En este sentido, no es infrecuente oír desde los medios de comunicación, ante las muertes súbitas por acciones terroristas, comentarios como "la viuda se encontraba muy entera" o "soportaba el dolor con una gran dignidad", lo que equivale a decir que la expresión externa de la rabia y la pena son indignas y rebajan a la persona que las manifiesta, siendo únicamente comprensibles para grupos de bajo nivel cultural y, aún así, se reprobaban.

Estos aspectos y funciones del duelo son mejor tratados en las sociedades simples, donde desde el principio se favorece la libre expresión de sentimientos y conductas relacionadas con la pérdida que, además, sirven para fomentar la ayuda y soporte del grupo. Pero no sólo eso, sino otro factor, que tiene que ver con el "progreso", ha inducido un importante cambio respecto a esas sociedades; éste es la disminución de la mortalidad, especialmente en la infancia, y el tratamiento de los enfermos y moribundos en los hospitales.

En el mundo desarrollado, nos encontramos con un distanciamiento respecto al hecho físico de la muerte, lo que permite llegar al estado adulto sin haber sufrido ninguna pérdida cercana. Además, es frecuente la ausencia de contacto de los familiares con el moribundo mientras se produce el deceso, debido a que éste suele producirse fuera del domicilio familiar. Y, posteriormente, en muchos casos, médicos y familiares recomiendan la no-visualización del cadáver, suponiendo que eso podrá afectar a la persona o personas más allegadas. Todo ello hace suponer que, desde el principio, los allegados al difunto tendrán más dificultades en la aceptación de la realidad del fallecimiento, que la persona del mundo "primitivo", donde la muerte era una realidad cotidiana que se vivía como normal desde niños.

Además, hemos visto que dentro de los rituales de duelo existen una serie de fases, en muchas culturas reguladas temporalmente, donde habría una progresiva integración de la persona a su nuevo estatus social, hasta producirse la integración completa. Sin embargo, entre nosotros nos encontramos con que apenas existen rituales, y que los pocos que aún existen no contemplan un tiempo social de duelo, o éste es ridículo (de uno a tres días de permiso laboral), y mucho menos se tiene en cuenta el tiempo individual de duelo. En la modernidad se suele pretender que a los pocos días de la muerte de una persona muy significativa, el trabajador, ama de casa, etc., se encuentre en pleno rendimiento, y si eso no sucede así, se tiene por enfermizo, siendo muy mal tolerado y peor aún, muy mal soportado, en el sentido de ayuda por parte del grupo familiar próximo. E incluso llevar luto: el vestirse de negro "no está bien visto", ya que se considera un vestigio del pasado, que no está en consonancia con los "nuevos tiempos que corren" y se sanciona negativamente a quien así obra.

Los ritos funerarios se han modificado ostensiblemente en el mundo occidental. Estos ritos implican siempre a tres elementos: el cadáver, el alma y el allegado al difunto; mientras que los actos rituales implican las relaciones entre estos elementos. Pero ello sólo tiene significado como parte de un grupo de creencias dentro del contexto de un grupo social específico. El cambio de las creencias culturales, por tanto, afectará a las relaciones entre cadáver, alma y allegado, lo que supondrá un cambio en los ritos funerarios.

La presunta y creciente secularización de las sociedades de occidente, como consecuencia del auge del pensamiento científico-racional, trae consigo este cambio en los rituales que, generalmente, quedan muy reducidos con relación a las culturas más religiosas. Esto tiene implicaciones claras en el cambio de los actos del ritual. Por ejemplo, en occidente, se está instaurando progresivamente la incineración sobre el enterramiento, que nos es más próximo culturalmente, en relación con una mayor secularización y fomentado con supuestas afirmaciones científicas sobre su mayor racionalidad.

Por otro lado, en la época actual, el féretro es llevado al tanatorio. Éste ha venido a sustituir el espacio tradicional donde tenía lugar el rito del duelo: el domicilio del finado. En este nuevo espacio se reproducen los esquemas tradicionales pero con ciertas variantes. Así, podemos decir que han desaparecido las “rezanderas” y las “plañideras” pero siguen llorando más las mujeres que los hombres (en nuestra sociedad: el llorar “no es cosa de hombres”). Con otros matices, sigue poniéndose de manifiesto la división de géneros: las mujeres acompañan a la familia y no es frecuente que acudan al bar; el café y la copa que se tomaban los hombres en la cocina, ahora lo toman en el bar del tanatorio. Sigue siendo un momento adecuado para las relaciones sociales: reencuentro entre personas que tenían algún tipo de relación con el finado o con la familia de éste; y también se establecen primeros contactos entre personas presentadas por un tercero. Antes, se daba un apretón de manos o un abrazo, hoy se deja una firma en un portafolios o se deja una tarjeta de visita. Antes, el carpintero y el enterrador ejercían su oficio; hoy, han sido sustituidos por la Funeraria y el crematorio.

El mercado también ha invadido este ámbito de la vida cotidiana, ya que nos ofrece distintos tipos de compañías de “seguros”, distintos tipos de entierros: con cajas de diversos acabados y valor, con más o menos flores, recordatorios, esquelas en la prensa local y la “posibilidad de elegir” entre entierro en el cementerio o la cremación. Y todo ello, dependiendo del poder adquisitivo de la familia implicada. El problema surge cuando uno “no tiene donde caerse muerto”.

En las sociedades capitalistas, donde se pretende dotar al ciudadano de derechos y deberes, también en el ámbito que nos ocupa surge el reclamo de los derechos de las personas en duelo. Así por ejemplo podemos citar, entre otros, el derecho:

-A ver el cuerpo y a afligirse junto al lecho de muerte inmediatamente después del desenlace, si esta es su voluntad.

-A esperar para sí una asistencia profesional adecuada y respetuosa, tanto física como emocional, en el momento de la muerte de su ser querido.

-A una explicación adecuada de la causa de la muerte del ser querido, así como a obtener respuestas relativas a la enfermedad, las intervenciones de tratamiento y los fracasos del mismo.

-A elegir el tipo de funeral más acorde con sus deseos y medios económicos, y a no verse obligado a acceder a rituales que no comparta.

-A observar el ritual religioso y social acorde con sus deseos y costumbres.

-A expresar abiertamente su pesar independientemente de la causa de la muerte del ser querido.

Frente a la diversidad que implica la “libertad de culto” existente en nuestra sociedad, el tanatorio sólo posee una capilla de la Iglesia Católica en donde se hace “el responso” antes de proceder al traslado del féretro al cementerio o al crematorio.

Por tanto, la disminución de los rituales religiosos; el alejamiento de la experiencia de la muerte dentro de lo cotidiano; la vivencia de ésta como fracaso de la medicina y del progreso, lo que lleva a que sea vivida como vergonzante y como consecuencia negada; la creciente mitificación de la salud como derecho de la persona, y la exaltación de la mente científico-racional con descalificación de aquellas conductas que son supuestamente irracionales y de aquellas manifestaciones que son catalogadas como más propias de culturas inferiores, ha llevado a la desaparición de la mayoría de los ritos de duelo y de las funciones de éste, por lo que la persona queda abandonada y sola a la experiencia más intensa de su vida y que, posiblemente, la marque para siempre. En nuestra cultura, los allegados al difunto parten en desventaja respecto a los de sociedades “primitivas”, puesto que tendrán mayores dificultades en reconocer el hecho de la realidad de la muerte, al no compartir la experiencia con el fallecido y, además, van a presentar conductas de apego que no van a poder expresarse adecuadamente, por lo que no van a conseguir mitigar en parte el dolor de la pérdida de la figura amada, ni la respuesta del resto del grupo que calme su angustia. Y cuando esto así, desde el punto de vista de los “especialistas” (médicos) de hoy se les sanciona, se les etiqueta como que padecen un “trastorno adaptativo”, por no responder socialmente como se espera que deben hacerlo.

En la mayoría de las culturas, los niños y adultos se preparan para la muerte a través de formas elaboradas de rituales y ceremonias, que son acompañadas de explicaciones populares sobre el significado de la vida y la muerte. En nuestra cultura, la secularización, urbanización y el énfasis en la racionalidad, han hecho perder los rituales y, en la

actualidad, los abreviados ceremoniales occidentales, a menudo, prohibidos a los niños, ni sirven para la comprensión empática, ni sirven como catarsis de la experiencia.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, F. E. (1995) "La gente de Santa Eulalia. Almonaster la Real". Editorial Diputación Provincial de Huelva. Huelva.
- BOWLBY, J. (1993) "La pérdida afectiva". Editorial Paidós. Barcelona.
- CALVO, F. (1972) "Emigración y elaboración del duelo" (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Barcelona. Departamento de Psiquiatría. Barcelona.
- CARPENITO, J.L. (1987) "Diagnóstico de Enfermería". México. Interamericana.
- CLARK, E.J. (1989), en Tratado de Psiquiatría, de H.I. Kaplan y B.J. Sadock. Salvat Editores. Barcelona.
- FAZER, J.G. (1995) "La rama dorada". Editorial Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- FREUD, S. (1981) "Duelo y Melancolía". En Freud, Obras Completas, Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
- GRINBERG, L. (1983) "Culpa y depresión". Alianza Editorial. Madrid.
- HARRIS, M. (1979) "El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura". Siglo Veintiuno Editores. Madrid.
- JONSON, B. (2000) "Enfermería psiquiátrica y de salud mental". Editorial Interamericana McGraw-Hill. Madrid.

- LA FONTAINE, J.S. (1987) "Drama ritual y conocimiento secreto". Editorial Lerna. Barcelona.
- MITSCHERLICH, A. Y MITSCHERLICH, M. (1973) "Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de sentir duelo". Alianza Editorial. Madrid.
- NOVEL, G. Y LLUCH, M.T. (1991) "Las pérdidas y el proceso de duelo", en "Enfermería Psicosocial". Salvat Editores. Barcelona.
- REVERTE COMA, J.M. (1981) "Antropología Médica I". Editorial Rueda. Madrid.
- TIZÓN, J.L. y cols. (1993) "Migraciones y salud mental: Un análisis psicopatológico tomando como punto de partida la inmigración asalariada a Catalunya". P.P.U. Barcelona.
- TIZÓN, J.L. (1995) "Apuntes para una psicología basada en la relación". 4ª edición. Bibliària. Barcelona.
- TORRALBA ROSELLO, F. (1998) "Antropología del cuidar". Editorial Mapfre Medicina. Barcelona.
- VAN GENNEP, A. (1986) "Los ritos de paso". Madrid. Taurus. 1986.

Documentos de Internet:

- Ripoll Espiau.: "El duelo". http://donacion.organos.ua.es/info_sanitaria/proceso/el_duelo.htm
- Documento consultado en la red Internet y extraído el 14.03.03.
- Ayerra Balduz, J.M^a.: "La muerte y la cultura". Avances en Salud Mental Relacional. Revista Internacional On-line. Vol. 1, núm. 2. Julio, 2002. Consultado el 05.09.02 en la siguiente dirección: <http://www.bibliopsiquis.com/asmr/0102/0102ml2.htm>

